



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XII Domingo del Tiempo Ordinario • 20 junio 2021 • www.hoac.es

75 años
HOAC
1946
2021

Me dispongo a la oración con estos textos

“ Frente a la sensación de miedo, de vacío, de angustia y de un vivir sin objeto y sin ideal, frente a la injusticia y el desorden, no hay más que una salida: la vuelta a Cristo y a su Iglesia, la vuelta a la fórmula eterna: Amaos los unos a los otros como yo os he amado.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.I., 61

“ Invito a ir más allá de esas reacciones primarias, porque «el problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro.

–Fratelli tutti, 41.

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Nuestro miedo fundamental es una mezcla de soledad, de intemperie, de abandono y descarte, de incertidumbre de presente y de futuro, porque, si algo experimentamos con certeza, es que nadie se salva solo. Nadie puede salvarse solo. Es imposible.

En el mundo obrero se concentran todas las formas posibles de abandono, de precariedad, de descarte que los seres humanos somos capaces de idear.

Algo como [lo que cuenta Óscar en noticias obreras de mayo pasado](#): llegó huyendo de Colombia por amenazas de muerte contra él y su familia. Tuvieron que dejarlo todo y salir huyendo de la ciudad donde vivían. Perdió a su familia en el viaje, ignorando su paradero. Le denegaron el asilo, lo que le impidió poder trabajar. «Vivo de la caridad y casi no me muevo por miedo a que me pida papeles la policía... He dejado de salir con la bici e intento no acercarme a las estaciones del tren o del autobús, por si acaso».

Desde tantos miedos como viven nuestras hermanas y hermanos del mundo obrero, y como pueden atenazarnos a nosotros, también, oramos.



Los vencidos

Los vencidos tienen un lugar especial en tu corazón.
En la tierra, no.
La tierra los desecha porque son los vencidos.
El vencedor impone su ley.
Hace tragar su moral.
Legítima sus asesinatos.
Acusa de criminales a los vencidos.
Las islas desiertas, las cárceles, las fosas comunes conocen sus huesos.
¡No hay sitio para ellos en la tierra!
Dios de la justicia, acoge a los muertos.
¡Que su sangre siga gritando!
A los que siguen vivos dales vida.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XII Domingo del Tiempo Ordinario • 20 junio 2021 • www.hoac.es

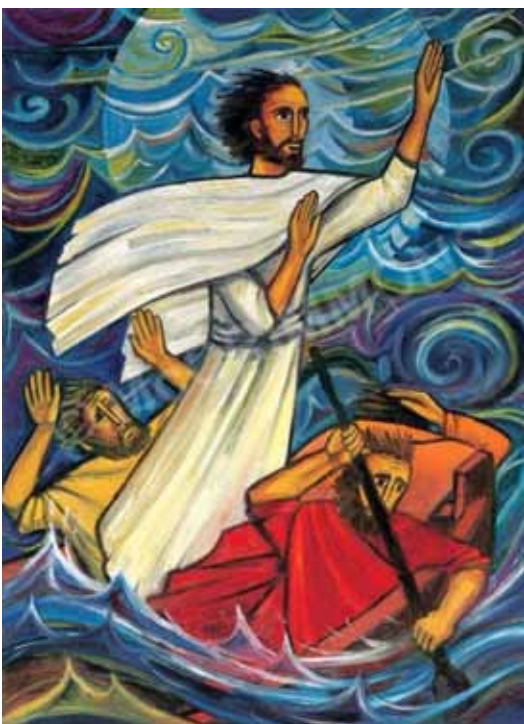
75
años
HOAC
1946
2021

En las cárceles,
en los campos de concentración,
¡estáte a su lado!
A la hora de la declaración y del suero de la verdad;
en la tortura y la manipulación del cerebro;
en las vilezas contra su amor y su familia,
¡estáte a su lado!
¡Día y noche a su lado, Padre!
¡No los abandones!
¡Que no se rompan sus nervios!
¡Que no los abata la neurosis
ni los divida la esquizofrenia!
Murió Jesús.
Se hizo la noche.
Y Tú gritabas gritos estentóreos.
La tierra tembló.
¡Temblamos todos!
Hoy gritas en todos los vencidos de la tierra.
Gritas en los hombres utópicos
que creen en la justicia y el amor.
Grita más, Dios nuestro,
que la prudencia nos domina
y pone sordina a tus voces,
un tapón en nuestros oídos.
Grita más.
Grita por los vencidos
de los cinco continentes.
¡No nos dejes acostarnos y dormir!

(Patxi Loidi)



Hoy me dice LA PALABRA...



Marcos 4, 35-41. ¿Aún no tenéis fe?

Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban.

Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «Pero ¿quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

Desde hace más de un año vivimos inmersos en una situación que nos ha conmocionado profundamente. Nos ha envuelto aún más nuestra condición vulnerable y frágil, nuestra limitación. El desconcierto, el declive, la perturbación de nuestra normalidad, el miedo, la enfermedad y la muerte, la incertidumbre son heridas que todo esto nos provoca junto a otras igualmente humanas: se agrava la precariedad, el individualismo, la pobreza, el racismo, la persecución de los pobres... Una situación que nos instala en el miedo y la desconfianza, derruyendo el pasado que nos sostenía, y alejando el futuro. Cualquier utópica esperanza que amasáramos se ha desvanecido de golpe. Somos como los discípulos en una frágil barca a merced de una tempestad social que nos supera, que no podemos dominar, y amenaza con hundirnos.

Nuestra Iglesia no es ajena a esa condición. También se ve zarandeada por este cambio de época que nos toca vivir. Y se ve, como nos vemos todos, tentada al repliegue, a quedarnos encerrados en lo conocido, en lo sabido y rutinario, aunque no sirva ya para hacer frente y ponerle cara a esta situación. ¡Ojalá no nos hubiéramos embarcado y siguiéramos en la orilla!

No valen los remedios que aprendimos. Nos hemos quedado sin respuestas. Y solo nos surge gritar: «¡Maestro!, ¿no te importa que nos hundamos?».

La respuesta del Señor nos lleva en otra dirección: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?».

Si nuestra fe se ve zarandeada por lo que vivimos, por cómo se cuestionan ritos y costumbres que ya no sirven, por cómo somos interpelados por la realidad y urgidos a encontrar nuevas palabras humanas en las que seguir anunciando la presencia –nueva y buena noticia– de Dios, o a buscar nuevo sentido y a recuperar el sentido originario de lo que hemos de vivir; si nuestra fe se ve zarandeada por el mal y la injusticia que nos rodean hasta hacernos vacilar con miedo, es que quizá aún no tenemos fe. Quizá seguimos creyendo que la fe tiene que ver con el éxito, con la seguridad, con la costumbre, con la tranquilidad, con la desconexión de la realidad, o con lo inamovible... Quizá se nos olvidó que seguimos al Crucificado.

Quizá aún no hemos sentido que la fe es experiencia de amor que nos empuja, nos levanta, nos pone en camino, nos saca de la casa y la tierra que habitamos, para llevarnos a habitar otras casas y otras tierras fiados del amor de Dios, sin que nos venzan las dificultades.

En medio de tanta tormenta que amenaza con hundirnos –vitales, sociales, políticas, religiosas...– tenemos que recuperar el encuentro con Jesús, la escucha de su Palabra, la intimidad de la oración, la acogida de su Espíritu, la vida eucarística, que nos pone en su misma onda, en sintonía con su corazón compasivo y misericordioso. Solo en la tarea de construir la fraternidad y tender puentes podemos sentir que la tormenta se calma, porque el modo de vivir de Dios vuelve cada cosa a su sitio, vuelve a dar sentido a todo. También a los mares embravecidos que surcamos.

Mi proyecto de vida es de una vida apostólica, proyecto de quien es enviado y se pone en camino fiando en el amor de Dios. ¿Qué me falta aún para vivirlo así?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Hoy

Todo se reduce a sembrar.

Toda edad es oportuna para dar un paso nuevo,

ese paso inesperado que tuerce el camino entero.

toda edad es tiempo joven: para Dios no hay nadie viejo.

Cualquier día, a cualquier hora, irrumpe el minuto cero

de nuestra resurrección y rompe muros, abre el techo,

alza de tierra el cadáver y le da la vida al muerto.

Nunca es tarde para Dios, nunca pronto, siempre es tiempo.

Siempre es hora para hacer operación de cerebro

al racionalista frío que llevamos todos dentro,

sin quitarle la razón, ayudándole a ver lejos,

más arriba de sus cejas y de su mirar soberbio.

Adorador de ti mismo, de tu pose y de tu ego,

cualquier día te derriba, sin compasión, del caballo,

porque te resistes tanto que Él no tiene más remedio.

Déjate, no se lo impidas, aunque te des contra el suelo

y te hagas daño del golpe. Déjale, no pongas freno,

y no digas que ya es tarde, que tu fardo está muy hecho,

que tú no puedes cambiar. Déjate, no seas terco.

Ni digas que aún es pronto, que eres todavía tierno,

no has vivido, no has gozado; que te deje un poco suelto.

¿No es acaso Él libertad? ¿No es la vida sin linderos?

No retrases, no demores ese amén robusto y neto

que has de dar, corazón mío; no lo dejes para luego.

Hoy es hora de ablandar el corazón de cemento,

que en la calle no ve hermanos, sino extraños y extranjeros.

Hoy es el tiempo propicio, la edad del fervor primero,

el día del paso al frente, la hora de decir: «Quiero»,

el minuto decisivo, el segundo del gran vuelo.

(Patxi Loidi)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Que tu Reino sea un hecho, en las fábricas, en los talleres, en las minas, en
los campos, en el mar...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.